

Guillermo
Samperio

M

onólogo
del
cuentista
que se
enoja



Nunca me había puesto a escribir enojado o al menos nunca estuve de acuerdo en poner una letra cuando mis músculos se endurecían. Puedo escribir angustiado, con dolor de muelas, después del funeral de mi abuelo, triste y lloriqueando, con una pierna atrapada en el cajón del escritorio y hasta de espaldas a otros quehaceres mucho, pero mucho más importantes; pero enojado nunca, bueno, casi nunca enojado. Cada vez que lo intentaba sucedían cosas desastrosas y sin sentido aparente, y por lo regular terminaba arrepentido y asustado del producto: arrepentido porque, como es común en hombres que padecen mi oficio, soy muy borracho y eso quiere decir úlcera, y cuando escribo, fíjese usted nada más, me tomo medio litro de ron y fumo como si estuviera en una fiesta, pero cuando intento escribir enojado termino borracho. El temor me venía, y esto debe explicarlo mucho mejor usted, como la consecuencia irreversible de haber roto con los conductos emocionales comúnmente benéficos durante la risa y con la alfombra soportando mi tranquilidad y la de mi esposa. Para decírselo brevemente, cuando me enoja es un abrir y cerrar puertas y un transitar por pasillos y cuartos, que al final me recibe el pasado mañana, o sea, treinta años después de hoy, y ahí, en aquel lugar al que llego, sentada sobre el pasado mañana está la vejez, y todavía más, sobre los hombros de la vejez, formando ya el tótem de la desgracia y el futuro, me encuentro con la muerte. Entonces, perturbado por esa inexplicable combinación de tiempos, cuando miro hacia el cielo para enfrentarme cara a cara al tótem, me entra el miedo y un agudo dolor en el duodeno y me arrepiento porque sigo con otra botella.

Desde luego que todo esto se puede traducir en términos más sencillos o menos grandilocuentes, pero mire, el otro día estaba urgido por entregar un guión radiofónico y el enojo, una vez instalado en cada uno de los vellos de mi cuerpo, como si estuviera despatarrado sobre la alfombra, empezó a dictaminar lo que yo no tenía que hacer, exacto, igual que un carro sin chofer. El enojo terminó un cuento que yo tenía desahuciado, comenzó una novela que nunca terminé y al último se puso a escribir jitanjáforas. Mientras tanto, el inconcluso guión radiofónico me cacheteaba, mostrando su ordenada numeración como un perro enseña los dientes cuando le quieres quitar la comida; y todo se enredaba: la novela también pedía respeto, el cuento correcciones, mi esposa aunque sólo fuera un par de besos. La única contenta era la botella de ron. Pero al final, cada uno se quedó a medio terminar y con las mentadas de madre en la boca, porque yo me salí a caminar hasta la glorieta de Pancho Villa sin oponerles ninguna resistencia a las luces de los carros y trolebuses, pensando en el temor que me vendría con la

calma y sabiendo, además, que una vez tirado el enojo a la coladera, al final de las avenidas, de las calles y de alguna imprevista cerrada, me esperaba el totem.

Mire usted, la cosa es que ponerse a escribir enojado complica la vida y compromete lo que algunos llaman responsabilidad. Ahorita mismo, aunque no me lo crea, más arriba de estas palabras, a dos cuartillas de distancia, hay un cuento acumulando rabia, y es seguro que selecciona los mejores adjetivos-alfiler para pincharme el rostro no sólo por la discontinuidad de que es objeto, sino por el abandono, el vacío y el frío, creados entre las presentes palabras y él. Y yo no puedo ponerme al tú por tú con un cuento, porque supongamos que acepte el reto literario que me lanza el cuento inconcluso, que mi enojo se multiplique (por lo tanto el totem crece), sumándole dos vasos rotos, una silla volando por la ventana del comedor y los insultos de mi esposa. ¡Ah!, porque a espaldas de esta página, como ya se habrá dado cuenta, se encuentra agazapada mi esposa, Elsa, la que necesariamente tiene que estar aunque no se distingan sus rasgos a través de la tipografía. Pero bueno, supongamos que me encicho con el cuasi-cuento y que salgo ganando yo, que le abofeteo la cuartilla uno, que lo tomo de las cuartillas tres y cinco y que le aplico una quebradora para después tirarlo al boiler; sí, tal parece que todo ha sido muy fácil y que el campeón del mundo he resultado ser yo. Los diarios me elevarían a los cielos de los titulares a ocho columnas, pero ¿el dorrotado tendría la oportunidad de una revancha?, ¿podría ese pobre cuento calcinado realizar sus ejercicios de calistenia en el gimnasio del Diccionario de Dudas y Dificultades para robustecer los músculos de los verbos mal conjugados? ¿A mi esposa —pregunto—, no le caería a los pies la pelota del gran chantaje, para que con el tiempo me diga, con los ojos entornados: “¡y tan buen cuento que era aquel!” o “¡lástima, porque el concurso lo hubieras ganado con el cuento del boiler!” Desde luego que nunca he ganado ningún concurso, aparte de que tampoco he publicado nada ni pienso publicar, pero la pelota en los pies de mi esposa es como el aplanacarne en las manos de un aprendiz de carnicero. Por eso, mejor permito que el cuento me cachetee, que se vuelvan contra mí las penosas situaciones del personaje central, que los verbos mal conjugados se me enreden en el cuello. Ya sé que después del drama literario-alcohólico el cuasi-cuento se quedará tranquilo y adormilado durante dos años, para que una mañana que venga de una noche de cuerpos en otra lucha, el cuento del personaje en penosas situaciones me haga una señal de letras entumidas. Me tenderá el brazo de la cuartilla tres y se dejará acomodar en la máquina de escribir como si Elsa posara al niño en su cama.

